zura y caridad entrañable de Dios nuestra cooperacion activa y eficaz, se forma el sistema admirable de fuerzas, de donde resulta la vida de la gracia, el movimiento libre y desembarazado de nuestro espíritu por los senderos divinos, la elevacion y divinizacion de las criaturas y todo el órden sobrenatural en que vivimos y nos movemos. Mas, como ya hemos dicho en otra parte, en el órden actual de la divina Providencia, órden elegido por Dios en su eterna sabiduría y al cual deben ajustarse y reducirse los fines de las criaturas, el hombre caido del estado sobrenatural en que fué primitivamente colocado no puede colocarse en él, ni empezar en sí este movimiento divino sino por virtud de la fe. Porque, aunque Dios pudiera por otros caminos remediar nuestro daño, quiso que de esta divina virtud recibiésemos el primer impulso con que nos levantamos al órden de las cosas sobrenaturales y divinas, de suerte que ella fuese la raíz, el gérmen y el fundamento de la vida cristiana, el principio de nuestra justificacion, y, como dice San Pablo, la sustancia, la base y el punto de apoyo de las cosas propuestas á nuestra esperanza [1]. Tal es la disposicion de la altísima Providencia de Dios. Y no solamente es la fe el principio de la vida cristiana, y la divina semilla que encierra en sí los gérmenes de nuestra gloriosa inmortalidad, sino que es tambien la fuerza que nos lleva, y como empuja á esta misma inmortalidad gloriosa, siendo, mientras caminamos y peregrinamos hácia ella, nuestro esfuerzo, consuelo y esperanza en los vários trances de la vida. Porque una vez puesta y plantada en nosotros, si nosotros culpablemente no la perdemos, crece y toma fuerza y vigor, esforzando á la vez y avigorando nuestras almas, dándonos á manera de un temple divino para resistir y quebrantar los ímpetus de nuestros enemigos, iluminando nuestros pasos, mostrándonos y abriéndo-

1 Hebr. II. 1 ἐλπιζομένων ὑποστάσις

nos el camino, y no dejándonos un momento de la mano, hasta ponernos en aquella bienaventurada region, iluminada por el sol de Justicia, en la cual, desvanecidas las nieblas que ahora por todas partes nos rodean, se descubrirá y revelará á nuestro entendimiento la verdad en toda su pureza y esplendor, sin velos ni rebozos, y sin recelo de errores que ofuscan y fatigan nuestra inteligencia en este mundo. Allí el ver será el galardon de haber creido; y la fe que á pesar de sus intrínsecos inefables resplandores, todavía se nos presenta velada con oscuridades encaminadas á ejercitar nuestra virtud, y á que rindamos á Dios el obsequio de nuestro entendimiento, será sustituida por el conocimiento claro, directo é intuitivo de los misterios que ahora creemos, y recompensada con aquella muchedumbre de bienes que Dios tiene preparados á los que le aman, y cuya grandeza incomparable ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni corazon humano puede comprender.

A esta gloria y divina revelacion de los hijos de Dios tienden y aspiran, como hemos dicho, todas las criaturas. Todos los séres del universo reclaman una participacion en tan glorioso ensalzamiento; y las bellezas de la creacion y sus magnificencias é incomparables harmonías, no son más que la sombra, la preparacion y el principio de otra creacion más espléndida y luminosa, en que aparecerán nuevos cielos y nuevas tierras, y en que la humanidad engrandecida y levantada sobre sí y llena, como dice San Pablo, de toda la plenitud de Dios, hallará su gloria y su estado definitivo. De donde se sigue que si la ciencia que alcanza el hombre de la naturaleza de las cosas es esta misma naturaleza reproducida en el entendimiento; si el órden de las ideas se corresponde perfectamente con el órden de la realidad; en fin, si las aspiraciones, inclinaciones y tendencias del universo tienen que manifestarse en la ciencia que lo refleja en la esfera del pensamiento, es necesario convenir en que la tendencia, la aspiracion y

ansiosa espectacion que agita á las criaturas, anima tambien á la ciencia, y que ésta no ménos que la naturaleza de las cosas, aspira necesariamente á la magnífica revelacion y engrandecimiento que las facultades del hombre han de tener en la vida futura bienaventurada. Así el fin sobrenatural de la naturaleza humana, premio de la fe y su término y complemento, lo es tambien de la ciencia. Las dos tienden á él, si bien por diferentes caminos; la fe directa é inmediatamente, la ciencia por medio de esta misma fe, de quien es sierva inseparable; la fe como principio que engendra en nosotros la vida sobrenatural, cuyo término es la gloria advenidera, y la ciencia como elemento necesariamente enlazado con esta misma vida sobrenatural, á la cual nos prepara y dispone: la fe, como gérmen que naturalmente se desarrolla, crece y se transflora en la vision clara é intuitiva de la Divinidad, fin glorioso de la criatura racional; la ciencia, como principio ó preámbulo de esta fe, que hácia ella tiende y gravita, y que cooperando con ella, dispone el alma á glorificacion tan sublime.

Este punto de vista es alto, magnífico, deslumbrador; pero es el único luminoso, el único desde donde aparece la verdad en toda su extension y grandeza, resultado y consecuencia absolutamente necesaria de toda la economía de la redencion y de su virtud y realidad incontrastable. En él se cierra el cerco misterioso que enlaza á todas las partes del universo físico y moral. En él reside sustancialmente la razon y la causa y fundamento de todo lo que vemos; sin la luz que viene de este foco de claridad, todo es tiniebla; sin esta explicacion, todo es inexplicable; haciendo abstraccion de esta doctrina, todo se oscurece á nuestros ojos; admitiéndola, todo se aclara. Nos explicamos los misterios del tiempo y de la eternidad, el destino de este universo, sistema de cosas invisibles manifestadas visiblemente, segun la hermosa definicion de San Pablo, el fin del hombre hecho para Dios y aspirando hácia él con ardor insaciable, la Providencia infinita con que el Criador dirige á todas las criaturas al fin universal de su divina gloria. En este órden de Providencia todo se corresponde y harmoniza, lo grande con lo pequeño, lo visible con lo que no se ve, lo contingente y temporal con lo eterno y absoluto, los derechos de Dios con las aspiraciones y derechos de la razon del hombre. De aquí brota la divina harmonía que reina en todo el mundo intelectual, entre la ciencia y la revelacion, en el órden metafísico y en el de la realidad; harmonía que no es accidental ni contingente ó pasajera, sino necesaria y absoluta en el órden actual del Universo. Desde aquí, finalmente, se columbran los hermosos senderos de aquella Sabiduría inefable, toda verdad y misericordia, que lleva con enérgica suavidad las cosas ínfimas por las medias, y las medias por las sumas á sus fines, y que levanta y ennoblece los esfuerzos de la ciencia con la gracia de la fe, y recompensa el mérito y oscuridad de la fe con el gozo y la claridad de la gloria.